

¡SALVEMOS LOS NIÑOS RUSOS! LA IGLESIA ESPAÑOLA Y LA CAMPAÑA PONTIFICIA EN LA URSS (1922-1924)

José Ramón Rodríguez Lago

El 21 de agosto de 1922, Pedro Voltas y Ángel Elorz Vergara, misioneros de la congregación del Inmaculado Corazón de María llegaron tras una larga travesía a la ciudad rusa de Rostov, ubicada en las orillas del río Don. Mientras los representantes de las potencias internacionales se retiraban a la península de Crimea huyendo de las calamitosas condiciones de una tierra devastada por la guerra, los dos religiosos se habían adentrado en el territorio dominado por los soviets para hacerse cargo de una misión humanitaria acordada unos meses antes entre la diplomacia pontificia y el régimen bolchevique¹.

En un año en el que celebramos la confraternización de dos países alejados geográficamente, pero con múltiples relaciones de amistad y cooperación a lo largo de su historia², no está de más recordar un capítulo que, por diversas razones, ha pasado desapercibido en la historiografía de ambos países. Al margen de su importancia mayor o menor para el acontecer de sus más directos protagonistas, las peripecias de la Misión española en Rostov ofrecen datos interesantes sobre la imagen construida y la actividad desplegada por las autoridades pontificias, la jerarquía eclesiástica y los católicos españoles, en torno a lo sucedido en el antiguo imperio zarista tras la revolución de octubre de 1917.

1. Ver W. Becker, *Diplomats and Missionaries: the Role played by the German Embassies in Moscow and Rome in the Relations between Russia and the Vatican from 1921 to 1929*, en "The Catholic Historical Review", 2006, n. 92, 1, pp. 25-45.

2. El 25 de mayo de 2010 los gobiernos de Dimitri Medvedev y de José Luis Rodríguez Zapatero suscribieron un convenio de cooperación para la declaración del año 2011 como *Año de la Federación Rusa en España y Año del Reino de España en Rusia*. Los acuerdos se insertaron dentro del programa aprobado por la *Declaración de Rostov del Don* firmada entre la Federación Rusa y la Unión Europea el 31 de mayo de 2010.

1. *La campaña pontificia en la URSS y la respuesta española*

Los sucesos revolucionarios acaecidos en 1917 en el Imperio zarista fueron observados con atención por las autoridades vaticanas, interesadas en aumentar la influencia del catolicismo en los vastos territorios que hasta ese momento se habían visto sujetos por el marco confesional de la jerarquía eclesiástica ortodoxa, íntimamente ligada a la dinastía de los Romanov. Si el gobierno provisional de febrero otorgó un amplio marco de tolerancia para las comunidades católicas, minoritarias pero muy significativas en algunas regiones del Imperio, la posterior toma del poder por los bolcheviques en octubre de ese mismo año se caracterizó inicialmente por la represión de los dirigentes y los símbolos de la Iglesia ortodoxa, condenados como cómplices del régimen zarista. La Santa Sede trató de garantizar el marco de tolerancia abierto unos meses antes a las comunidades católicas, y arropó al mismo tiempo los esfuerzos de todos aquellos que se mostraron partidarios de poner el destino de las Iglesias cristianas orientales bajo la protección del Vaticano³.

Las desastrosas consecuencias de la guerra desatada entre los ejércitos rojos y blancos que provocaron una catástrofe humanitaria sin precedentes, y las campañas pontificias por la paz y la asistencia humanitaria a las víctimas de la guerra, fomentaron una estructura de oportunidad privilegiada para la cooperación entre las autoridades soviéticas y la diplomacia pontificia. Si las primeras necesitaban de todo el apoyo material posible ante la dimensión de la tragedia, la segunda confiaba en ampliar la influencia del catolicismo en un territorio destinado a la conversión. La respuesta ofrecida por cada una de las Iglesias locales al llamamiento del pontífice Benedicto XV para paliar la catástrofe humanitaria reflejaría no sólo el grado de influencia de la Santa Sede sobre el conjunto de sus fieles, sino el peso de las circunstancias propias de cada comunidad.

El 17 de diciembre de 1921, el cardenal Pietro Gasparri, secretario de Estado del papa, envió una carta al nuncio en España, Federico Tedeschini, comentando bajo secreto reservado la posibilidad de organizar una misión humanitaria dirigida por religiosos españoles en la Rusia de los soviets, todavía inmersa en aquellos meses en una atroz guerra civil⁴. Era una de las

3. Los proyectos inspirados por el primer concilio de la Iglesia greco-católica rusa en marzo de 1917, y las propuestas aprobadas en mayo por el sínodo católico de Petrogrado, se vieron pronto correspondidos con la creación del Instituto Pontificio de Estudios Orientales en octubre de ese mismo año. Ver J. Hajjar, *El catolicismo oriental entre las dos guerras. El papado y el Oriente católico*, en *Nueva Historia de la Iglesia*, tomo V, años 1848-1982, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1984, pp. 444-450.

4. Archivo Secreto Vaticano, en adelante ASV, *Archivo Nunciatura de Madrid*, en adelante ANM, caja 806, fascículo 1, p. 28, *Carta del secretario de Estado de la Santa Sede al nuncio en Madrid*, 17 diciembre 1921.

primeras tareas encomendadas al nuevo delegado apostólico en España, que había llegado a Madrid en septiembre de ese mismo año. Sería también una ocasión privilegiada para conocer la disponibilidad de los católicos españoles, clérigos o seculares, para dar respuesta a las iniciativas del pontífice.

La campaña humanitaria en tierras rusas se enmarcaba dentro de la actuación diplomática diseñada durante la primera guerra mundial por el papa Benedicto XV, convertido en símbolo de mediación y patrocinador de acciones benéficas entre los millones de damnificados de la Gran guerra. Ahora, había decidido proyectar esa política a los confines de Europa, donde se vivía el enfrentamiento entre los partidarios de la revolución comunista y los aliados del capitalismo. El pontífice consolidaba así la posición mediadora entre ambos discursos, y se presentaba como pacificador y garante de las tareas humanitarias⁵.

Los esfuerzos para paliar la catástrofe provocada por la hambruna extendida en Rusia estuvieron liderados inicialmente por tres organizaciones que cobraron creciente peso en la esfera internacional: el Comité Internacional de la Cruz Roja dirigido entonces por el presidente de la Confederación Helvética, Gustave Ador, la American Relief Administration bajo el patrocinio de Herbert Hoover, futuro presidente de los Estados Unidos, y la fundación Save the children, fundada en Londres por la activista Jebb Eglantyne. En diciembre de 1919 la presidenta de esta organización mantuvo una audiencia privada con Benedicto XV, quien apoyó públicamente sus gestiones para el socorro de las víctimas más inocentes de la guerra, fuesen del país que fuesen. Ambos se encontrarían con desafortunadas críticas de todos los que consideraban la ayuda a la infancia de los países derrotados como una traición a los intereses nacionales, exacerbados antes, durante y después del conflicto. El cardenal Francis Bourne, arzobispo de Westminster, sería el encargado de coordinar la iniciativa pontificia que pretendía paliar la penuria material y moral en la que se veía sumida toda Europa central tras el final de la guerra de todas las guerras.

La existencia de tres organizaciones benéficas, inspiradas por doctrinas laicas, o al menos interconfesionales, ponía en riesgo la hegemonía que tradicionalmente habían ostentado las Iglesias en el campo de la caridad. La diplomacia vaticana incrementó así las acciones para desarrollar una alternativa católica a la solidaridad internacional y su labor se extendió a Rusia, un país en el que el número de católicos era reducido, pero del que cabía esperar nuevas oportunidades si se establecían los puentes de negociación

5. Ver J.F. Pollard, *Il Papa sconosciuto. Benedetto XV (1914-1922) e la ricerca della pace*, Milano, San Paolo, 2001; Id., *El Vaticano y sus banqueros. Las finanzas del Papado moderno, 1850-1950*, Barcelona, Melusina, 2007; J.L. Schenk Sanchís, V. Cárcel Ortí, *Benedicto XV. Papa de la Paz*, Valencia, Editorial Cultural y Espiritual Popular, 2005.

oportunos con los nuevos gobernantes. Al fin y al cabo, estos pusieron el centro de sus preocupaciones en la Iglesia ortodoxa, vilipendiada por su alianza con el sistema zarista y la aristocracia rusa que lo había sustentado. Los católicos habían sufrido durante mucho tiempo los ataques propiciados por los líderes de la Iglesia ortodoxa, celosos defensores de un régimen autocrático y estrictamente confesional que impedía cualquier posibilidad de extender entre los súbditos del zar otra religión que no fuese la dirigida por los poderosos patriarcas⁶. La misión pontificia, además de su carácter primordialmente humanitario, podría servir para reforzar la imagen del papa y de la Iglesia católica en Rusia, cuidando las relaciones con un nuevo régimen político que se presumía contrario a todas las confesiones religiosas, pero que parecía necesitar de nuevas alianzas para su supervivencia.

El 27 de diciembre de 1921 el nuncio transmitió la propuesta del papa al ministro de Estado del gobierno de España, Manuel González-Hontoria y Fernández-Ladreda⁷, quien contestó dos días más tarde apoyando tal iniciativa.

Mucho agradecí en su carta confidencial y reservada de anteayer, en la que me comunica la disposición de la autoridad de los soviets a admitir en Rusia misioneros católicos de nacionalidad española, y me anuncia su propósito de buscar alguna Orden o Congregación religiosa que tenga miembros concededores del ruso o esté dispuestos a aprenderlo y dedicarse a esa misión: en la misma carta se sirve V.E. preguntarme si el gobierno de S. M. reputaría útil colaborar con V.E. a una obra de tanto momento y de tantas consecuencias [...] Aprecio en toda su importancia, el concurso que se desea de mis compatriotas a la obra de la reconstitución religiosa rusa [...] le expondré el resultado del cambio de impresiones que sobre el particular he tenido con el Señor Presidente del Consejo de Ministros⁸.

El 22 de enero de 1922 el papa Benedicto XV falleció en Roma. La campaña para la salvación de los niños de Rusia había sido la última de sus empresas. En febrero, mientras en la capilla Sixtina de la basílica de San Pedro se organizaba el cónclave para la elección de un nuevo pontífice, la campaña se puso en marcha en España. El día 9 Pío XI fue coronado papa en la plaza de San Pedro. El nuncio Tedeschini recibió en esas fechas las circulares de las diócesis españolas en respuesta a la iniciativa del anterior pontífice. Todos los obispos aplaudían unánimemente la propuesta, pero

6. Ver A. Pérez Goyena, *La persecución del catolicismo en Rusia*, en "Razón y Fe", n. 33, mayo-agosto de 1912, pp. 31-40.

7. ASV, ANM, caja 806, fascículo 1, p. 34, *Carta del nuncio de Madrid al ministro de Estado del gobierno de España*, 27 diciembre 1921.

8. Ivi, p. 33, *Carta del ministro de Estado al nuncio de Madrid*, 29 diciembre 1921.

ninguno de ellos ofrecía recursos para su realización, al margen de iniciativas particulares de algún religioso como el superior de la Compañía de Jesús, Juan Cañete, que envió a Tedeschini una de sus conferencias sobre la ansiada evangelización de Rusia⁹. Las iniciativas laicas para hacer llegar la solidaridad de los españoles con los niños rusos comenzaban a extenderse en algunas ciudades españolas¹⁰, pero las buenas palabras de los obispos no se veían arrojadas con gestos que permitiesen desarrollar la campaña propuesta por el Vaticano.

El 5 de abril Tedeschini convocó en una reunión al obispo de Madrid, Prudencio Melo y Alcalde, el influyente capellán del palacio real, Francisco Javier Vales Faílde, los principales representantes de la aristocracia española como la marquesa de Luca de Tena, el marqués de Aldama y el marqués de Comillas, el subsecretario de la presidencia del gobierno, varios ministros, los superiores de las principales congregaciones religiosas, los dirigentes de la Acción Católica, y los directores de los principales diarios católicos madrileños como “El Debate”, “ABC”, “Época”, “El Pensamiento Español”, “El Siglo Futuro”, “El Universo” o “La Acción”¹¹. Les propuso entonces organizar una suscripción para que las industrias y comercios de la capital dedicasen al socorro de los niños rusos el 2% de las ventas realizadas en un día señalado. El superior de los hermanos maristas sugirió entonces contar con la aprobación expresa del rey Alfonso XIII para conceder a la suscripción un carácter patriótico y nacional¹².

Esa misma semana la secretaría de Estado del Vaticano trasladó al Nuncio la noticia de la próxima visita a Madrid de John Mackenzie, tesorero general y delegado del cardenal Bourne, para la recaudación en España de la Obra Pontificia de Ayuda a los niños de Rusia¹³. Ordenó además que las donaciones obtenidas para esta causa fuesen enviadas directamente al nuncio o al papa, y nunca al comisariado internacional gestionado por la Sociedad de Naciones¹⁴. Tedeschini notificó al cardenal Pietro Gasparri las acciones desplegadas hasta ese momento en favor de la campaña¹⁵, y

9. *Ivi*, p. 21, *Carta del superior jesuita Juan Cañete al nuncio*, 9 febrero 1922.

10. En marzo de 1922 el Centro Artístico, Literario y Científico de Granada organizó una exposición benéfica *En favor de la Rusia hambrienta*, con obras donadas por algunos artistas como el afamado pintor Rafael Latorre Viedma, o el joven poeta Federico García Lorca.

11. ASV, ANM, caja 799, fascículo 1, p. 16, *Convocatoria del nuncio para extender la “Campaña de Socorro por los niños rusos”*, 5 abril 1922.

12. *Ivi*, p. 13, *Carta del superior de los Hermanos maristas al nuncio*, 21 abril 1922.

13. *Ivi*, p. 21, *Carta de la Secretaría de Estado del Vaticano al nuncio*, 5 abril 1922.

14. *Ivi*, caja 806, fascículo 1, p. 25, *Circular de la Secretaría de Estado del Vaticano al nuncio*, 19 mayo 1922.

15. *Ivi*, caja 799, fascículo 1, pp. 23-24, *Informe del nuncio a la Secretaría de Estado del Vaticano*, 24 abril 1922.

acompañó copia de los folletos y la publicidad repartida en la capital. Las escalofriantes fotos de niños aquejados por la hambruna recorrieron las salas de la alta sociedad para conmover la caridad cristiana, y la junta presidida por el obispo de Madrid publicó una circular específica para la realización de una colecta «frente a la pavorosa situación de emergencia por la que atraviesan los niños rusos»¹⁶.

El 3 de mayo la secretaría de Estado confirmó a Tedeschini el acuerdo alcanzado entre el Vaticano y el gobierno de la URSS para el envío de agentes españoles, encargados de la distribución del socorro pontificio entre la población hambrienta¹⁷. Las dificultades para obtener una respuesta positiva por parte de las congregaciones de religiosos españoles se habían visto superadas tan sólo unos días antes, cuando el 28 de abril Antonio Naval, superior de la congregación de los Hijos del Inmaculado Corazón de María en Madrid, notificó ante el nuncio la predisposición de dos religiosos que, pese a sus buenas intenciones, confesaban su total desconocimiento de la lengua rusa y del alfabeto cirílico¹⁸. Juan Postius, superior de la misma congregación en toda España, informó en los días siguientes de las reuniones mantenidas para extender en Rusia las «Cocinas de España por iniciativa del Papa Pío XI»¹⁹. La coordinación de aquella campaña recayó sobre las representantes más ilustres de la aristocracia española²⁰, que pronto fueron premiadas con las más excelsas condecoraciones pontificias²¹.

16. *Ivi*, p. 39, *Circular del obispo de Madrid, Prudencio Melo, sobre la colecta por los niños de Rusia*.

17. *Ivi*, p. 6, *Carta de la Secretaría de Estado del Vaticano al nuncio*, 3 mayo 1922.

18. Inicialmente los religiosos designados eran José María Barrabés Pinilla, residente en Londres; y Ángel Elorza Vergara, residente en Trieste. Ver ASV, ANM, caja 806, fascículo 1, p. 31, *Carta de Antonio Naval, superior en Madrid de la congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María en Madrid al nuncio pontificio de España*, Madrid, 28 abril 1922; y *ivi*, p. 23, *Carta del superior de los Claretianos, Juan Postius, al Nuncio Tedeschini*, 7 mayo 1922.

19. *Ivi*, caja 799, fascículo 1, p. 129, *Carta de Juan Postius, superior en España de la congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, al nuncio en España*, 30 abril 1922.

20. El óbolo de las Asociaciones sería gestionado por la Señora de Alarcón; el de los Bancos por la condesa de los Gaitanes, Asunción Muñoz Seca y Ariza; el de las Sociedades de recreo, por la marquesa de La Frontera, Teresa Barranco González; la velada en el Teatro Price por la duquesa de Medinaceli, Ana María Fernández de Henestrosa; la tómbola y la fiesta de los niños en el Parque del Retiro, por la marquesa de Urquijo, María de Landeche y Allendesalazar; la recaudación en los comercios de Madrid por la Señora de Luca de Tena; y las donaciones en los cines de Madrid y las capitales de provincia por la marquesa de Unza del Valle, Piedad de Arana e Iturribarria. ASV, ANM, caja 799, fascículo 1, p. 95, *Carta de Juan Postius al nuncio*, 6 mayo 1922.

21. *Ivi*, pp. 66-68, *Condecoraciones pontificias otorgadas a las organizadoras del Comité de ayuda*.

Tedeschini informó a la secretaría de Estado del Vaticano del apoyo expresado por el ministro de Estado ante la propuesta, pero confesó la resistencia expresada por el presidente del gobierno para su aplicación práctica²². El nuevo gabinete designado por Alfonso XIII seguía liderado por dirigentes del Partido Conservador, como el presidente del Consejo José Sánchez Guerra, pero las consecuencias del desastre de Annual y las polémicas conclusiones del informe Picasso, que implicaban al rey y altos cargos de la administración, provocaron que en los siguientes meses el consejo de ministros se viese acosado por un permanente clima de inestabilidad. Poco podía esperarse de unos gobiernos zarandeados por la crisis de un sistema parlamentario y monárquico que, diseñado hacía medio siglo, parecía ofrecer graves síntomas de naufragio.

Tampoco las congregaciones religiosas españolas se mostraron muy proclives a participar en la campaña pontificia. El nuncio informó a Roma que benedictinos, franciscanos, dominicos y jesuitas se habían opuesto al envío de misioneros, no sólo por no contar con miembros que conociesen el idioma ruso, sino por las difíciles condiciones que supondría su presencia en aquel país. Tedeschini confiaba ahora que los católicos de España, una vez conocido el envío de dos compatriotas a la Rusia soviética, aumentarían sus donaciones, que hasta el momento habían sido muy escasas²³. El 20 de mayo se celebró una solemne sesión de propaganda sobre la «calamitosa situación de los niños rusos» en el teatro Circo Prize de Madrid. En el acto, presidido por la duquesa de Medinaceli, pronunciaron discursos el propagandista Gerardo Requejo Velarde que disertó sobre «el Pontificado y los horrores de Rusia» y el político Antonio Goicoechea Cosculluela, antiguo ministro de Gobernación, que presentó sus propuestas sobre «la caridad internacional»²⁴.

La condesa de Gavia²⁵, Virginia Drake y Fernández Durán, presidenta de la junta central de la II asamblea de la Acción Católica de la Mujer, invitó a participar en la campaña a la afamada escritora Sofía Casanova de Lutowski, que había ejercido como corresponsal de guerra en el frente polaco²⁶. En las semanas posteriores sus palabras fueron recogidas por la

22. *Ivi*, caja 806, fascículo 1, pp. 26-27, *Carta del nuncio a la Secretaría de Estado del Vaticano*, 7 mayo 1922.

23. En 1922 la orden claretiana contaba con 154 casas religiosas que agrupaban un total de 1943 profesos y 834 postulantes, y extendían su acción por España, Italia, Cuba, Estados Unidos, Chile, México, Brasil, Colombia, Argentina y Guinea Ecuatorial.

24. ASV, ANM, caja 799, fascículo 1, p. 119, *Invitación a la solemne sesión de propaganda en el Teatro Circo*, 20 mayo 1922.

25. *Ivi*, p. 89, *Carta de la presidenta de la Junta Central de Acción Católica de la Mujer al nuncio en España*.

26. Sofía Casanova se había casado en 1887 con el profesor, filósofo y diplomático po-

prensa y repartidas en hojas volantes por las principales avenidas de la capital, pero el contenido de aquellos discursos empleaba más espacio y tiempo en denunciar las bárbaras atrocidades cometidas por el ejército rojo que en apelar a la urgente necesidad de enviar ayuda material a las víctimas de la guerra. Para muchos católicos españoles la campaña pontificia en Rusia sólo podía englobarse dentro de la evangelización de unas tierras paganas ajenas al catolicismo y azotadas por la plaga de las nuevas herejías del siglo XX. El hambre era sólo una circunstancia para excitar la propaganda política sobre el peligro bolchevique que amenazaba por extenderse en la católica España.

La campaña de recaudación efectuada entre los comercios y los principales hoteles de Madrid se extendería hasta el día 15 de junio²⁷, pero muy pronto los ingresos alcanzados se manifestaron insuficientes y el Vaticano insistió en obtener mayores réditos para socorrer las ingentes necesidades de la retaguardia rusa. El 9 de junio, cuando resultaba evidente que la campaña no había alcanzado los resultados requeridos, Juan Postius propuso que la campaña adquiriese dimensiones nacionales. Sin embargo, la junta madrileña rechazó el proyecto presentado por el religioso alegando, por falta de personal disponible para realizar la campaña en las provincias, el carácter de magna empresa y el elevado presupuesto económico que dicha campaña implicaría, y los riesgos derivados de los desplazamientos a capitales, ciudades y pueblos de toda España. Contra la propuesta del religioso, que mostró ante el nuncio su malestar por el resultado de aquella reunión, la junta se ofreció únicamente a colaborar con las diócesis que lo requiriesen, pero dejando la iniciativa en manos de cada uno de los obispos. Por último, también aprobó que, pasado el verano, se organizarían nuevas colectas en Madrid²⁸.

El 10 de julio de 1922 el papa Pío XI publicó la carta apostólica *Annus Fere*, que imploraba la colaboración de todos los católicos del mundo para el socorro de los niños que sufrían el hambre y las penurias derivadas de

laco Wincenty Lutoslawsky, por lo que había sufrido en primera persona la invasión de Polonia por el Imperio Ruso, la posterior ocupación alemana y la expansión de la revolución bolchevique. Su labor como corresponsal de guerra para el diario "ABC" y la revista "Blanco y Negro", y sus libros plasmarían sus vivencias en aquel contexto de violencias sucesivas que asolaban la Polonia católica. Ver *De la guerra. Crónicas de Polonia y Rusia*, 1916; *De la Revolución Rusa*, 1918; *Impresiones de una mujer en el frente oriental de la guerra europea*, 1919; *La revolución bolchevista. Diario de un testigo*, 1920.

27. ASV, ANM, caja 799, fascículo 1, p. 13, *Hoja volante sobre el "Óbolo de los Hoteles de Madrid para los niños de Rusia"*, elaborada y repartida por la Junta del Llamamiento de la Santa Sede en favor de los niños de Rusia.

28. *Ivi*, p. 96, *Informe del superior de los Claretianos, Juan Postius, al nuncio en España*, 9 junio 1922.

la guerra²⁹. Las necesidades aumentaban cada día y la Santa Sede proyectaba extender su radio de acción benéfica a otras localidades rusas asoladas por la tragedia. El 19 de diciembre el secretario de Estado solicitó al Nuncio que el episcopado español organizase una nueva colecta para abastecer las estaciones de socorro asoladas por el duro invierno ruso³⁰. A pesar de algunas iniciativas particulares³¹, las partidas económicas enviadas desde Madrid a Roma presentaban un balance muy deficitario. Resultaba evidente que para los católicos españoles, una cosa era predicar, y otra muy distinta, dar trigo³².

<i>Fecha de recibos de envío a Roma</i>	<i>Cantidades enviadas</i>
15 de diciembre de 1921	20.682 liras
17 de marzo de 1922	21.910 pesetas
20 de julio de 1922	120.000 pesetas
5 de agosto de 1922	760 pesetas
17 de agosto de 1922	15.235 pesetas + 3.000 liras
22 de noviembre de 1922	17.214 pesetas + 1.000 liras
Total:	175.119 pesetas + 24.682 liras

El 13 de enero de 1923 Tedeschini presentó ante la secretaría de Estado un informe sobre los resultados de la campaña³³. Relataba los esfuerzos realizados persistentemente por la nunciatura desde noviembre de 1921, pero confesaba la penuria de sus paupérrimos resultados económicos. Las previsiones iniciales para alcanzar un mínimo de 400.000 pesetas se habían rebajado a menos de la mitad y entre las razones aducidas para ello se citaba «la antipatía que aquí encuentra la causa de los rusos, apoyada por todos aquellos que son enemigos de la religión y del orden». En realidad,

29. *Ivi*, p. 173, *Carta del Papa Pío XI a los obispos de todo el mundo católico para que se esfuercen en hacer frente a las exigencias de los pueblos rusos afectados por el hambre y la pestilencia*, 10 julio 1922.

30. *Ivi*, pp. 194-195, *Carta de la Secretaría de Estado del Vaticano al nuncio en España*, 19 diciembre 1922.

31. *Ivi*, p. 54, *Propuesta presentada ante el nuncio por el casino militar de Valladolid para participar en la campaña con la donación íntegra de lo recaudado en las fiestas de aviación*, 22 julio 1922.

32. *Ivi*, pp. 198-230, *Recibos de lo mandado a Roma por la campaña*.

33. *Ivi*, pp. 192-193, *Informe del nuncio de España a Giuseppe Pizzardo, sustituto en la Secretaría de Estado del Vaticano*, 13 enero 1923.

la estrecha alianza entre la jerarquía eclesiástica y la oligarquía aristocrática impedía que la recaudación destinada a la infancia rusa fuese entendida por la mayor parte de sus patrocinadores. Al fin y al cabo, los niños rusos no eran católicos, y la gestión de la ayuda exigía la cooperación con un gobierno que se caracterizaba por la sañuda persecución contra el clero. El nuncio auguraba un futuro poco halagüeño para próximas campañas que pudiesen realizarse. Los católicos españoles habían participado en aquella campaña por su fidelidad al pontífice, pero sin compartir sus razones: «No dudo en asegurar que todo lo recaudado se debe a la devoción al Papa. España dona no por ayudar a los rusos, sino solo por agradar al Papa»; una circunstancia que extendía al conjunto de los obispos españoles, y a las élites aristocráticas con las que la jerarquía seguía ostentado relaciones de privilegio.

Los obispos han apoyado la campaña y no puedo pedirles más porque están cansados de pedir nuevas limosnas. La voz del Papa es su causa, pero no la rusa... El Marqués de Aldama y el Marqués de Comillas están entre las familias más ricas y generosas de España. La primavera pasada, ambos entregaron para los niños rusos 1.000 pesetas cada uno. Puedo asegurar que en las próximas colectas no ayudarán en esta proporción.

El diagnóstico no podía ser más descorazonador: «Admiro los proyectos del Papa para Rusia, pero si de España se ha obtenido poco en el pasado, menos se obtendrá en el futuro [...] El futuro se presenta pesimista, pero este nuncio hará todo lo posible por llevar la campaña a buen término». Sin embargo, la recaudación obtenida durante los meses siguientes resultó algo más positiva que las expectativas mostradas inicialmente. Para entonces el impacto internacional de la campaña propagandística orquestada desde Londres por la fundación Save the children y protagonizada por la película documental *The Russian Famine*, dirigida por el fotógrafo del diario británico "Daily Mirror" George H. Mewes, había tenido un poderoso eco en la conciencia de muchos ciudadanos, incluyendo los católicos españoles, que se mostraron más dispuestos a contribuir en aquella emergencia humanitaria de proporciones dantescas. El 11 de febrero de 1923 la Junta de Mujeres católicas de la Obra Pontificia, presidida por la duquesa de Medinaceli, la marquesa de Comillas y la condesa de Vía Manuel, aprobó una nueva circular para solicitar donaciones en dinero, calzado y ropa que debían entregarse antes del 31 de marzo³⁴. También llegaron aportaciones de otras diócesis recogidas por algunos eclesiásticos, periódicos católicos, o congregaciones religiosas. Hasta el verano de ese mismo año las cuantías económicas

34. Ivi, p. 45, *Circular de la Junta de Mujeres de la Obra Pontificia*, 11 febrero 1923.

destinadas al socorro de la infancia rusa seguirían siendo enviadas al Vaticano, que cubriría con ellas una pequeña parte de los cuantiosos gastos de la misión humanitaria acordada con las autoridades soviéticas.

<i>Fecha de envíos a Roma</i>	<i>Cantidades enviadas</i>
29 de enero de 1923	46.650 pesetas + 10.100 liras
17 de febrero de 1923	27.400 pesetas + 802 liras
7 de abril de 1923	22.000 pesetas
20 de abril de 1923	21.500 pesetas
27 de abril de 1923	30.256 pesetas
30 de abril de 1923	2.010 francos
29 de julio de 1923	44.300 pesetas
Total:	192.106 pesetas + 2.010 francos + 10.902 liras

Sin embargo, al finalizar ese verano, varias circunstancias provocarían que la distribución de ayuda para la infancia rusa fuese destinada a otros cometidos. La persecución desatada por los dirigentes soviéticos sobre las diversas confesiones religiosas alcanzó también al clero católico residente en el país. Todas esas noticias recogidas en la prensa española dificultaban cada día la obtención de los recursos necesarios para la campaña, que dependía fundamentalmente de las donaciones voluntarias de familias aristocráticas y dirigentes eclesiásticos escandalizados por las noticias llegadas del derrocado imperio de los zares. En septiembre de 1923 triunfó en España un golpe militar que se hizo cargo del gobierno y disolvió el sistema parlamentario, modelando un régimen autoritario anclado por los valores del catolicismo más conservador³⁵. Desde esa fecha las causas humanitarias cambiarían su objeto de destino, y el dinero recaudado para la infancia rusa sería desviado para las necesidades de la infancia de Alemania y Austria, naciones derrotadas en la guerra, con mayor proporción de católicos, e infinitamente más simpáticas para conmover los sentimientos de las clases conservadoras españolas.

35. Ver A. Quiroga, *Los orígenes del Nacional-catolicismo. José Pemartín y la dictadura de Primo de Rivera*, Granada, Comares, 2007; C. Adagio, *Chiesa e nazione in Spagna. La dittatura di Primo de Rivera (1923-1930)*, Milano, Unicopli, 2004.

2. *La Misión Española en Rostov del Don*

La peripecia de la misión pontificia en Rostov del Don resulta tan significativa por sus resultados como por su escasa repercusión en la prensa, donde las incólumes tareas realizadas por los religiosos españoles pasaron totalmente desapercibidas. La prensa católica utilizaba lo acontecido en Rusia para excitar los miedos ante una futura revolución socialista en aquellos años posteriores al denominado trienio bolchevique; la socialista ofrecía cánticos sobre la expansión del progreso y la justicia social en el país de los soviets. Ni una ni otra aludieron en momento alguno a un episodio singular que, arropado por las altas instancias vaticanas, unía a religiosos españoles y funcionarios soviéticos en las tareas de reconstrucción y asistencia humanitaria en un país asolado por la catástrofe bélica. El 21 de agosto de 1922, los religiosos Pedro Voltas y Ángel Elorz, que habían partido de España el 24 de mayo, llegaron por fin a Rostov del Don para iniciar su misión como agentes pontificios. La noticia no encontró eco alguno en la prensa española hasta el 6 de septiembre de 1922. En todos los casos la referencia ocuparía un espacio menor y muy breve que aludía a la buena acogida ofrecida a los misioneros españoles por parte de la población y las autoridades locales³⁶.

El 10 de abril de 1923, cuando los misioneros españoles llevaban más de ocho meses en tierras rusas, la secretaría de Estado de Pío XI emitió un comunicado sobre el estado de la Misión pontificia de Socorro en Rusia³⁷. En aquellos días, trece misioneros católicos de distintas nacionalidades extendían su acción humanitaria en la Rusia soviética coordinando el trabajo de 1700 empleados, entre los que se encontraban intérpretes, secretarios, inspectores, cocineros y enfermeros. Existían seis estaciones centrales de socorro ubicadas en las ciudades de Moscú, Orenburg en los Urales, Rostov en las orillas del Don, Krasnodar en las orillas del río Kuban, y Eupatoria y Dhzankoy, ambas en la península de Crimea. Los misioneros gestionaban ocho depósitos de víveres que daban asistencia a 275 comedores públicos, y coordinaban la labor asistencial de 250 hospitales, asilos u orfanatos. Se calculaba que unas 120 mil personas eran alimentadas diariamente por las instituciones pontificias, que habían organizado además 2500 envíos de víveres a las zonas más remotas de Rusia. La distribución de ropa y calzado había beneficiado a 2.3 millones de personas, y la distribución de medicinas a un millón. El 30 de junio de 1923 un nuevo informe anun-

36. Ver en los diarios “La Correspondencia de España”, 6 septiembre 1922 y “La Vanguardia”, 7 septiembre 1922.

37. ASV, ANM, caja 799, fascículo 1, p. 10, *Comunicado de la Secretaría de Estado sobre el estado actual de la “Misión Pontificia de Socorro” en Rusia*, 10 abril 1923.

ciaba ambiciosos proyectos para extender la campaña a unos 500 comedores.

El 21 de julio de 1923 la secretaría de Estado del Vaticano presentó ante el nuncio Tedeschini un informe confidencial, centrado específicamente en la labor realizada por los misioneros españoles³⁸. La valoración de su actividad no podía ser más encomiable. El catalán Pedro Voltas y el navarro Ángel Elorz Vergara habían demostrado extraordinario celo y un espíritu de activa caridad que confirmaba que su elección no había podido ser más acertada. La Misión pontificia de Rostov del Don era la única integrada además por misioneros de la misma nacionalidad, pues la Santa Sede, tras la negociación con las autoridades soviéticas, había querido otorgar «a la noble y católica Nación este privilegio». En todos los demás casos, los grupos misioneros estaban compuestos por religiosos de diversas nacionalidades.

La ciudad de Rostov, principal centro industrial del sur de Rusia, era un centro estratégico de primer orden para el dominio del río Don y del mar Negro. Por eso, ambos ejércitos, el rojo y el blanco, la habían devastado en sus sucesivos ataques. Rostov había protagonizado la primera sublevación interna surgida contra el régimen soviético, cuando en enero de 1918 el cuerpo de cosacos, voluntarios de la región del Don, y liderados por el general Alexander Lukonski, convertido en nuevo jefe del Estado Mayor, se unió a los combatientes del ejército polaco y del checo, antiguos aliados del zar, y recibió el apoyo de los ejércitos francés, inglés y turco. Sin embargo, el ejército rojo logró sofocar en pocas semanas aquella sublevación y en marzo de ese mismo año la ciudad se convirtió en la capital de la nueva república soviética del Don. La ciudad, en la que residían unos 400 mil habitantes antes del inicio de la guerra, acogía además gran número de refugiados procedentes de las regiones del Bacinio, el Volga, el Kuban y el Cáucaso. Todos huían de la atroz hambruna extendida por la destrucción de las cosechas. Un enorme número de niños y niñas se encontraban abandonados con gravísimo peligro para sus vidas, debido al hambre, las epidemias y la violencia.

Cuando los misioneros llegaron a su destino solo permanecían en la ciudad dos instituciones benéficas que tenían cada vez más dificultades para realizar su labor. Las delegaciones de la Cruz Roja Italiana y de la American Relief Administration realizaban una actividad muy restringida y encontraban muchos obstáculos para gestionar eficazmente el reparto de sus recursos. Los misioneros habían comenzado a estudiar la lengua rusa unas semanas antes de su llegada, por lo que durante los primeros meses nece-

38. *Ivi*, caja 806, fascículo 1, pp. 7-20, *Informe emitido por la Secretaría de Estado del Vaticano al nuncio de España*, 21 julio 1923. El informe sobre la Misión Pontificia está fechado en Roma a 30 de junio de 1923.

sitaron de la mediación de intérpretes. En algunos casos, el dominio del latín les permitió mantener una comunicación más fluida con las personas más ilustradas de la ciudad. Sin embargo, tan sólo unos meses después, se expresaban con cierta soltura en la lengua rusa, de tal manera que ya no necesitaban de intérpretes. Por el acuerdo firmado entre las autoridades pontificias y el gobierno soviético, los numerosos empleados de la Misión (inspectores, secretarios, cocineros, enfermeros...) eran pagados por el gobierno local de los soviets, que les otorgaba un salario y una vivienda. Pero eran los religiosos españoles los que escogían a cada uno de los empleados, según las necesidades o las capacidades que considerasen más adecuadas.

El informe aseguraba que la población de Rostov estimaba su labor y les expresaba su cariño llamándoles «señor profesor». La mayor parte de los habitantes desconocía que eran religiosos católicos y se sorprendía por su desapego respecto a los bienes materiales y sus incansables labores benéficas. Cuando alguno de ellos descubría que eran religiosos, solicitaba inmediatamente que fuesen nombrados patriarcas. Sin embargo, su adscripción al catolicismo provocaba la sorpresa de muchos rusos que concluían que los religiosos eran de nacionalidad polaca, «porque en Rusia, católico y polaco es lo mismo». Los misioneros realizaban diariamente visitas a las viviendas de las barriadas de las familias más pobres y las ayudas alimenticias se distribuían entre los necesitados sin tener en cuenta su nacionalidad, confesión religiosa o actividad política, lo que había impresionado muy favorablemente a la población. También se hicieron cargo del cuidado asistencial de las personas recluidas en el campo de concentración ubicado a las afueras de la ciudad. Los escasos sacerdotes católicos presentes en aquella región del sur de Rusia vivían entonces en un estado deplorable y solo la ayuda enviada por la delegación pontificia les había permitido sobrevivir. Los religiosos iniciaron así una colaboración muy estrecha con la pequeña comunidad de 330 católicos residentes en la ciudad costera de Mariupol, en las orillas del mar de Azov y con los párrocos de las ciudades de Harkov, Taganrog y Novochoerkask. Al Vaticano habían llegado numerosas cartas que elogiaban la labor desarrollada por la Misión, y la prensa soviética llegó a aplaudir la encomiable labor asistencial desarrollada por los españoles.

En octubre de 1922 la popularidad alcanzada por la Misión española hizo que su labor se extendiese a tres ciudades más. En Evsk se instaló un gran orfanato que incluía un hospital infantil, un sanatorio, tres asilos para heridos discapacitados, y numerosas escuelas. En el campo de refugiados de Novochoerkask, tradicional capital de los cosacos, se organizó una cocina para la alimentación de unos 700 estudiantes universitarios que acudían a sus instalaciones. Pero fue en la ciudad de Donetsk donde la misión

pontificia realizó una acción más ambiciosa y simbólica. La popularidad de los religiosos provocó que el soviet local ofreciese a los misioneros católicos coordinar la ayuda de los 2.000 refugiados que se encontraban hacinados en el teatro Karl Marx. Niños y niñas abandonados, vagaban entonces entre los heridos y discapacitados ubicados en las diversas salas y pasillos del teatro. Hasta el lugar habían llegado numerosos católicos de nacionalidad alemana, lituana, polaca, italiana, francesa, o incluso rusa, que solicitaban la expatriación antes de la llegada del crudo y frío invierno. En las semanas siguientes los religiosos españoles gestionaron la expatriación de algunos de ellos y organizaron el espacio del teatro para instalar un gran dormitorio, una cocina, una enfermería con ambulatorio y una sala para el servicio médico quirúrgico. Todo estaba financiado por el Socorro Pontificio, y junto al cartel del teatro Karl Marx llegó a figurar el escudo papal, que muy pocos rusos identificaban.

La estadística de la actividad desplegada por la Misión pontificia Española entre septiembre de 1922 y mayo de 1923 recogía datos muy significativos de las labores asistenciales realizadas hasta ese momento: atención y cuidado de 4.197 niños repartidos en 24 orfanatos, incluyendo uno para niños ciegos, y otro para sordomudos; organización de dos guarderías que acogen a 141 niños y niñas menores de 5 años; asistencia escolar para 1.860 niños; asistencia médica en un hospital infantil para 120 niños, dos sanatorios para 375 enfermos y tres asilos que acogen a 70 discapacitados; asistencia alimentaria a través de siete cocinas y comedores que han atendido a 1.644 estudiantes, 400 parados, 51 discapacitados y 500 niños; asistencia al campo de refugiados de Novotcherkask con 950 personas y al campo de concentración de Rostov con 300 personas; ayuda diversa entre familias necesitadas para 2.862 personas. La media de personas alimentadas diariamente por los comedores de la Misión Española era de 13.639 socorridos, y las intervenciones médicas atendían entre 80 y 100 personas cada día. Según todos esos cálculos, se estimaba que un 20% del total de los habitantes de la región había recibido ayuda de la Misión en algún momento. Los acuerdos alcanzados entre el Vaticano y las autoridades soviéticas impedían a los agentes pontificios ejercer cualquier tipo de actividad que pudiesen entenderse como proselitismo religioso. Sin embargo, los informes llegados hasta el nuncio aseguraban que la misión española había obtenido resultados muy brillantes, no sólo en el aspecto de la caridad, sino también en la vertiente religiosa.

Prescindiendo del hecho de que el nombre de católico, en Rusia es ahora apreciado, mientras antes era, para muchos, desconocido, el pueblo ha demostrado ampliamente por cartas y por actos su reconocimiento y gratitud. También ha ayudado mucho a ello la distribución de ayuda realizada entre familias que habían sido privadas anteriormente de ella por causa de perse-

cución política o religiosa por parte del gobierno. Se ha salvado de la miseria e incluso de la muerte a numerosas familias católicas, polacas, alemanas, lituanas, francesas, italianas, y algunas rusas [...] Oficiales del antiguo régimen prisioneros, familias enteras de generales, oficiales, religiosos, fusilados y presos; todos en la Misión han obtenido ayuda sin tener en cuenta su práctica política o religiosa³⁹.

Los misioneros españoles realizaban su labor en una región que se había caracterizado en los años anteriores por su reacción frente a los excesos de la doctrina revolucionaria. No en vano, los cosacos, firmes aliados del zar y la Iglesia ortodoxa, habían mostrado siempre su arrojo en la defensa de sus tradiciones, y mostraban privadamente su oposición a los cánticos extendidos por la revolución soviética. En mayo de 1918 habían liderado la contrarrevolución que había desembocado en la guerra civil. Ahora, el contingente de refugiados de nacionalidad extranjera era todavía muy alto en un territorio demasiado cercano a la frontera bélica. Por todo ello, las nuevas autoridades del soviét local se habían mostrado durante un tiempo, respetuosas y contemporizadoras con la Misión pontificia.

El gobierno central y los locales han estimado la obra, y dejan esperanza respecto a los sentimientos de benevolencia respecto a la religión. La iglesia católica en Rostov, oficiada por un párroco polaco, no ha sido cerrada y es continuamente frecuentada. También las iglesias ortodoxas están abiertas y frecuentadas, pero su clero es muy diverso y está desorientado. Varios sacerdotes ortodoxos han expresado el deseo de convertirse a la religión católica, pero los agentes pontificios no tienen autorización al respecto. En la navidad pasada el gobierno de Moscú ordenó procesiones anti-religiosas, pero aquí en Rostov fueron casi suspendidas. Poquísimos comunistas tomaron parte en estas ridículas manifestaciones, mientras las iglesias católicas y ortodoxas estaban llenas. Difícilmente podrían contener la piedad de los fieles⁴⁰.

El período más duro del hambre parecía haber pasado. La misión encababa nuevos proyectos para la resolución de los graves problemas sanitarios extendidos por toda la región como la enteritis y el escorbuto. Sin embargo, la persecución religiosa extendida por la mayor parte de las ciudades rusas no tardaría en alcanzar el sur del país, y los cosacos, ortodoxos o católicos, deberían renunciar forzosamente a sus creencias en favor de la nueva fe propagada por el totalitarismo soviético⁴¹.

39. *Ibidem*, *Informe de la Secretaría de Estado sobre la Misión Pontificia*, 30 junio 1923.

40. *Ibidem*.

41. Ver I. Osipova, *Si el mundo os odia. Mártires de la fe en el régimen soviético*, Bilbao, Encuentro, 1998.

3. *La Iglesia española y la persecución religiosa en Rusia*

La labor realizada por los misioneros españoles y el respeto y aprecio ganado ante las autoridades locales contrastaba enormemente con los acontecimientos que se habían sucedido en las principales ciudades rusas respecto a las confesiones religiosas. En junio de 1918, mientras el zar y su familia eran fusilados, el gobierno de los soviets había aprobado el decreto de expropiación inmediata de todas las propiedades de las comunidades religiosas residentes en Rusia, mayoritariamente las cristiano-ortodoxas, pero también las católicas, con la única excepción de salvaguardar aquellos objetos propios del ceremonial litúrgico como los iconos, las reliquias o los enseres que se considerasen sagrados.

El 17 de agosto de 1918, Leonid Kanegisser, un joven cadete de confesión católica, asesinó en Petrogrado a Moisei Uristky, poderoso jefe de la Cheka. Sin embargo, en los primeros meses de la revolución, el clero y los fieles católicos no sufrieron mayores ataques que los que habían venido recibiendo en las últimas décadas por parte del régimen zarista. Fue el clero ortodoxo el que se vio más afectado por la brutal y sistemática campaña de persecución desarrollada por los bolcheviques. Antes de finalizar el año 1922, las autoridades soviéticas habían ejecutado un total de 2.691 popes, 1.972 monjes, y 3.447 monjas de confesión ortodoxa. Solo entonces la persecución se extendió al clero católico. El 5 de diciembre de ese mismo año, los templos católicos de las principales ciudades fueron clausurados por decreto. Los escritos de protesta firmados por 2.500 católicos de la ciudad de Petrogrado fueron utilizados para ser encausados como traidores. En marzo de 1923, numerosos fieles y sacerdotes fueron arrestados y encarcelados, incluyendo entre ellos al arzobispo de la archidiócesis, Jan Felix Cieplak, de origen polaco, y antiguo arzobispo de las archidiócesis de Vilna y Mogilev.

El nuncio Tedeschini recibió, a través del embajador polaco en España, los primeros informes sobre la persecución sufrida por la Iglesia católica en Rusia⁴². Entre los documentos presentados se encontraba la declaración del párroco de la iglesia de la Santísima Concepción de Petrogrado, Antonio Wasilensky; el informe del arzobispo de la archidiócesis metropolitana de la misma ciudad, Juan Bautista Cieplak; y numerosos informes de sacerdotes enviados a la embajada polaca en Madrid a través del ministro de asuntos exteriores de Polonia, Gabriel Narutowitz, amenazado por comunistas y fascistas, y asesinado por un terrorista tan sólo unos días des-

42. ASV, ANM, caja 806, fascículo 1, pp. 62-130, *Informes sobre la situación de la Iglesia en Rusia presentados ante el nuncio por el embajador polaco en España desde el 6 de diciembre de 1922*.

pués de haber sido elegido por el parlamento como presidente de la recién nacida República de Polonia⁴³.

El nuncio recibió una carta del cardenal Enrique Reig Casanova, arzobispo de la archidiócesis de Valencia, y preconizado ya como próximo primado de Toledo, que daba cuenta de la entrevista mantenida confidencialmente con el nuevo ministro polaco de Asuntos Exteriores. Este le había transmitido su pesar por el futuro de varios sacerdotes católicos condenados a muerte por las autoridades soviéticas y sugería la posibilidad de realizar, por mediación del episcopado español, las gestiones privadas que facilitasen un intercambio de prisioneros entre aquellos eclesiásticos y algunos militantes bolcheviques condenados a muerte por el gobierno polaco⁴⁴.

El 27 de marzo de 1923 el nuncio Tedeschini comunicó al sacerdote Clemens August Von Galen, futuro obispo de Münster, residente entonces en Berlín, la contribución de la Iglesia española para la fundación de un seminario auspiciado por el Comité Religioso Ucraniano; una institución que se ubicaría en Viena para favorecer la cooperación entre las Iglesias orientales, católica y ortodoxa, sumidas ahora en la penuria por causa de la persecución soviética. Sin embargo, el nuncio de Viena aconsejó a su homónimo en Madrid ser sumamente cauteloso con los proyectos auspiciados por el influyente aristócrata alemán, que parecían auspiciar una estrategia política para proclamar la independencia de Ucrania respecto a Rusia⁴⁵.

El 27 de abril de 1923 el diario “La Vanguardia” hizo pública la sentencia de condena a muerte del patriarca de la Iglesia cristiana ortodoxa de Moscú, Tikhon Bellavin, que produjo consternación en buena parte del mundo. El 23 de mayo Pío XI publicó la carta *Gratum Nobis* manifestando la preocupación vaticana por la persecución desatada en Rusia contra el clero y los fieles católicos, condenando el asesinato del obispo Budkiewicz, y el encarcelamiento del arzobispo Cieplak y otros catorce sacerdotes. La prensa católica de todo el mundo relataba la odisea de numerosos eclesiásticos encarcelados y torturados en las chekas. En España el catedrático de derecho en la Universidad de Zaragoza y presidente de Acción Social Católica, Miguel Sancho Izquierdo, comunicó al nuncio la celebración de un homenaje en favor del obispo Budkiewicz, fallecido en Moscú durante los interrogatorios cursados en la ya tristemente célebre prisión de

43. Ver R. Morozzo Della Rocca, *Le nazioni non muoiono. Russia rivoluzionaria, Polonia indipendente e Santa Sede*, Bologna, il Mulino, 1992.

44. ASV, ANM, caja 806, fascículo 1, pp. 68-69, *Informe del cardenal arzobispo de Valencia al nuncio*, 29 marzo 1923.

45. *Ivi*, fascículo 2, pp. 135-184, *Informe del nuncio Tedeschini al sacerdote Augustin Conte de Galen sobre la posible contribución española para la fundación de un Seminario por el Comité Religioso Ucraniano instalado en Viena, a favor de la unión de las Iglesias orientales, católica y ortodoxa*, 27 marzo 1923.

Lubianka⁴⁶. Tan sólo unas semanas más tarde, el 4 de junio de 1923, el presidente de honor de aquella asamblea, el mismísimo cardenal y arzobispo de la archidiócesis zaragozana, Juan Soldevila Romero, moriría tiroteado en un atentado perpetrado por “Los solidarios”, fieles de la corriente anarquista más proclive a la acción armada. Los cánticos a la sangre derramada parecían extenderse así entre algunos militantes revolucionarios y una buena parte de la prensa española, aquella que con mayor ahínco alimentaba el discurso anticlerical, silenciaba la persecución religiosa extendida en la Rusia soviética y prefería cantar las excelencias del progreso social, como podía apreciarse en los informes elaborados por el militante socialista y corresponsal del diario “El Sol” en la URSS Julio Álvarez del Vayo⁴⁷.

4. *Del reconocimiento de la URSS a los ecos de la revolución*

El 17 de junio de 1923 la guerra civil entre el ejército rojo y el blanco llegó definitivamente a su fin y los gobiernos extranjeros que habían participado en aquella contienda bélica iniciaron la aproximación a un régimen que parecía destinado a vivir un período de mayor estabilidad. El 1 de febrero de 1924 el imperio británico reconoció oficialmente el gobierno soviético. En las semanas siguientes se desató en España el debate sobre el reconocimiento diplomático de la URSS por el gobierno del general Miguel Primo de Rivera. En marzo, el nuncio Tedeschini comenzó a elaborar un informe que presentaría las condiciones exigidas por la Iglesia para que el gobierno de España reconociese el régimen soviético como sujeto de derecho internacional. En un primer borrador, el nuncio establecía como requisito la necesaria liberación del arzobispo Jan Cieplak, que con 67 años y a pesar de sus graves dolencias, seguía preso junto a otros catorce sacerdotes católicos⁴⁸. Miguel Primo de Rivera aseguró entonces ante las autoridades pontificias que podrían «tener la seguridad, de que si este caso llega, serán muy tenidas en cuenta»⁴⁹. Unos días más tarde fue la secretaria de Estado de Pío XI la que dictó al nuncio órdenes expresas para presentar ante el rey Alfonso XIII las condiciones exigibles por las que avalase el reconocimiento pleno de la URSS por parte de la monarquía católica española:

46. *Ivi*, fascículo 1, p. 95, *Telefonema del presidente de “Acción Social” al nuncio Tedeschini*, 29 abril 1923.

47. “El Sol”, Madrid, 23 septiembre 1923.

48. ASV, ANM, caja 806, fascículo 1, pp. 47-48, *Pro-memoria del nuncio sobre el posible reconocimiento del gobierno soviético por el gobierno español*, 3 marzo 1924.

49. *Ivi*, p. 49, *Carta de Miguel Primo de Rivera al nuncio*, 8 marzo 1924.

Para el caso en que España acuerde reconocer el actual gobierno de Rusia, la Santa Sede ruega encarecidamente al Gobierno de Su Majestad Católica, que solicite obtener de Rusia las siguientes condiciones, de carácter religioso y caritativo, que Su Santidad juzga de suma importancia: 1º Liberación de los eclesiásticos católicos que fueron condenados en el conocido proceso de marzo de 1923. Liberación de las Religiosas Terciarias Dominicanas del rito oriental encarceladas recientemente; 2º Permiso explícito para que se pueda enseñar el catecismo no solo a los mayores, sino también a los niños, por lo menos en las iglesias católicas, que actualmente existen o en adelante existirán en Rusia; 3º Que se permita la enseñanza religiosa en las escuelas que los varios Estados fundaren en Rusia para sus connacionales⁵⁰.

Las negociaciones internacionales para aminorar la persecución religiosa extendida contra las autoridades eclesiásticas obtuvieron escasos resultados, y la Misión española en Rostov del Don finalizó en los primeros meses de 1924, cuando los dos religiosos se vieron forzados a abandonar el país donde habían trabajado tan intensamente durante un año y medio. Tras regresar a España, el 22 de mayo de 1924 el claretiano Pedro Voltas, director de la Misión pontificia, ofreció en la biblioteca Balmes de Barcelona una conferencia sobre la situación vivida en la Rusia de los soviets⁵¹. En los años siguientes las noticias relacionadas con Rusia aludirían única y exclusivamente, según los casos, a la anarquía y el caos sembrado por las autoridades soviéticas⁵², o a las virtudes sociales del paraíso comunista⁵³.

En enero de 1930 la dimisión de Miguel Primo de Rivera y su exilio en la Roma de Mussolini provocaría cierto desconcierto entre los católicos más conservadores, preocupados por la marea ascendente del republicanismo. Unos meses antes, la joven Lucía dos Santos, protagonista de las apariciones marianas acontecidas en la localidad portuguesa de Fátima entre mayo y agosto de 1917, había confesado desde su asilo en un convento de la diócesis de Tui una nueva revelación que profetizaba la futura conversión de Rusia. En octubre de 1930 el obispo de la diócesis de Leiria declaró dignos de fe los testimonios de sor Lucía y autorizó de manera definitiva

50. *Ivi*, pp. 38-39, *Pro-memoria del nuncio al rey Alfonso XIII sobre el reconocimiento del gobierno de Rusia*, 15 de marzo de 1924.

51. Ver extractos de su discurso en el diario "La Vanguardia", 28 mayo y 3 junio 1924.

52. Ver la noticia sobre el asalto a un tren cargado de oro en Rostov del Don en el diario "El Heraldo de Madrid", 9 junio 1924.

53. Ver en el diario "La Voz de Madrid", 19 septiembre 1924, la entrevista al catedrático de medicina Gustavo Pittaluga Fattorini, que visitó Rostov del Don, pero que no aludió en ningún momento a la labor desarrollada en los meses previos por los religiosos españoles de la Misión Pontificia.

va el culto a Nuestra Señora de Fátima, que desde ese momento se vio unido a las oraciones por la conversión de la Rusia bolchevique. Para la mayor parte de los católicos, Rusia se convirtió en un referente de todos los males del discurso revolucionario y anticlerical extendido previamente en repúblicas de larga tradición católica, como Francia, México, o el vecino Portugal. El clero y las organizaciones católicas promovieron así un discurso que pretendía conjurar los riesgos de un futuro régimen republicano, que tan sólo tardaría unos meses en proclamarse.

En octubre de 1933 el misionero claretiano Pedro Voltas pronunció una conferencia en el Ateneo barcelonés. Su discurso, inserto en la denominada Asamblea del Movimiento por la Paz, intentaba conciliar la confesión religiosa con la defensa de las libertades y la preservación del orden. Habían transcurrido diez agitados años desde su singular peripecia en Rostov del Don. La campaña humanitaria realizada por los católicos españoles en tierras de los soviets había caído por entonces en el olvido. Desde sus inicios, el nuncio, la jerarquía y una buena parte de los fieles la habían considerado una extravagancia vaticana. Su ejecución había reflejado además las dificultades tradicionales de las autoridades pontificias para imponer sus designios en la Iglesia española, que seguía mostrando una elevada dependencia de las oligarquías nobiliarias o plutocráticas. Las lecciones aprendidas y las necesidades impuestas invocaban ahora un modelo eclesial que congregase a la participación del conjunto de los fieles. El discurso de cruzada que convocaba a las masas a defenderse frente a los peligros que acechaban de oriente y occidente, encontraba en la Rusia de los soviets un inequívoco paradigma del posible ocaso de la civilización cristiana. Cualquier atisbo de componenda negociadora, como la vivida en los primeros años veinte, había sido borrada del mapa de la memoria. El miedo y el odio se extendían ahora con inusitado furor y la mayor parte de los relatos sobre la Rusia soviética servían para excitar una batalla emocional que finalizaría con una sangrienta guerra civil. Paradójicamente, en los años siguientes, serían los rusos los que deberían acudir en socorro de los niños españoles, sometidos también al hambre y al terror de nuestra particular tragedia bélica⁵⁴.

54. Ver M.J. Devillard, *Los niños españoles en la URSS*, Barcelona, Ariel, 2001; S. Castillo Rodríguez, *Memoria, ecuación e historia. El caso de los niños españoles evacuados a la Unión Soviética durante la guerra civil española*, Madrid, Universidad Complutense, 1999.